Rancière, J. [2007], *En los bordes de lo político;* Bs. As., La cebra, 128 pgs.

En los bordes de lo político es un libro puente que, gracias al esfuerzo de la excelente y cuidada edición de la editorial La cebra, tenemos ahora por primera vez en lengua castellana. Fue editado en su lengua original –la francesa- en 1990 y puede usarse como nexo entre las producciones de Rancière de mediados de los 80' *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero, El filósofo y sus pobres, El maestro ignorante* y los textos del autor francés de los 90' y de la actual década *El desacuerdo, 11 Tesis sobre la política, La partición de lo sensible* y *El odio a la democracia*.

La continuidad, la permanencia de algunas obsesiones recurrentes es lo que asombra en el pensamiento de Rancière, sin embargo, si algo singulariza a sus últimos libros es el afán de participar críticamente del debate político contemporáneo. El archivo proletario, la reconstrucción del pensamiento emancipatorio de los obreros franceses del siglo XIX –despectivamente llamado socialismo utópico por la tradición, así llamada, científica, del marxismo- será, en sus textos de los 80', el piso sobre el cual transcurra su pensamiento. A partir de *En los bordes de lo político*, si bien seguirá utilizando el archivo obrero decimonónico como soporte de su pensamiento, sus textos cada vez más estarán signados por responder a la crisis de la política contemporánea.

La insignia del libro del Rancière es la tradicional de todo su pensamiento: no entre aquí quien no parta de la igualdad. La política es igualdad hecha acto y no precisa de geómetras o especialistas que designen su sentido y orientación. Rancière reivindica la voz de lo cualquiera, de lo igual. Digamos que en lugar de pensar la política a partir del discurrir del discurso geométrico del padre (que es siempre discurso del saber, del especialista), la piensa a partir del discurso aritmético –igualitario- de los hijos.

Si algo obsesiona a nuestra época es la figura del fin. Fin de las ideologías, fin de las utopías, fin de los discursos igualitarios, fin de la historia, de la comunidad, somos contemporáneos a esas hegemonías discursivas. Por el contrario, la propuesta del pensamiento de Rancière va a girar en torno a repensar la política emancipatoria, de tal manera que su borrado sea siempre un asunto tendencial y local, nunca un destino histórico. Se trata siempre, para Rancière, de deshacer las clausuras temporales, los veredictos del tiempo.

Hay algo de teatral en los protocolos de pensamiento de Rancière. Su escritura siempre va a escenificar, iluminar, los momentos en el cual los procedimientos reglados del estado de cosas cesan en su reproducción naturalizada para dar cabida a irrupciones de singularidades hasta ese momento invisibles, que no habían sido tenidas en cuenta. Se tratará siempre, para Rancière, no de desentrañar el oculto sentido de esas irrupciones, sino de traerlas al presente, para que desplieguen nuevamente su energía significante, su potencia.

Se podría decir que la clave obsesiva de todo el libro es la igualdad. Esta igualdad, para Rancière, no es un lugar al que llegar, un programa o un proyecto que cristalice las pretensiones de un colectivo dado; la igualdad es un punto de partida, es una hipótesis a poner a prueba, a desplegar. La igualdad, que para Rancière es el modo de existencia de la política, no se puede donar pues no es *"simplemente una exigencia al otro, una presión ejercida sobre él; pues debe consistir siempre, al mismo tiempo, en una prueba que uno se impone a sí mismo. Ese es el sentido de la emancipación: emanciparse es salir de la minoría. Pero nadie sale de la minoría social más que por sí mismo". (Rancière, 2007, p.72).*

Si la igualdad se toma, no siendo una ofrenda o don de una entidad externa, se comprenderá que aquí no tiene cabida el estatuto de la víctima. Para Rancière el marxismo y las ciencias sociales deudoras de él *"se han ocupado fundamentalmente de una cosa: verificar la desigualdad. Y de hecho ha podido probarla siempre"* (Rancière, 2007, p.68). Su método, el de la igualdad, es inverso; se trata de trasmitir la potencia de algunas irrupciones igualitarias, heterogéneas a la dominación y sus pesadeces.

El buceo en los textos históricos –Heródoto, Jacotot, Tito Livio, Blanqui, Platón, etc- sirven en el libro como excusa para montar escénicamente los momentos en donde la desigualdad es interrumpida por una declaración igualitaria, volviendo el orden a su contingencia última.

Pero la igualdad no otorga consistencia comunitaria a una situación anteriormente desordenada, no es el regreso a una unidad perdida, ni a un sitio fundador, por el contrario, "*Lo propio de la igualdad reside menos en unificar que en desclasificar, en deshacer la supuesta naturalidad de los órdenes para reemplazarlas por las figuras polémicas de la división" (Rancière, 2007, p.57).*

En Rancière sólo hay política cuando hay una declaración igualitaria que escinde –visibilizando seres hasta entonces invisibles, dando voz a quienes no la tenían- el ser-con de la Polis. La política, así pensada, no tiene que ver con la búsqueda del acuerdo o consenso, sino con el desacuerdo, con la partición de una comunidad política. La democracia, que el nombre de esa declaración igualitaria, no destila su esencia en los protocolos de respeto por el bien común de las partes sociales, ni tampoco está ligada a la búsqueda de consensos en escenas siempre conflictivas; por el contrario, la democracia se afirma bajo la forma de una disyunción del consenso estatal. La democracia, el poder igualitario y aritmético de lo cualquiera, es la irrupción del litigio en un ordenamiento hasta esa eclosión naturalizado. La política no es homogénea a los sentidos del ser-con, sino que es portadora del desvínculo de todo lazo establecido. Así,

"La democracia no es ni la autorregulación consensual de la pluralidad de las pasiones de la multitud de individuos, ni el reino de la colectividad unificada por la ley y amparada por la declaración de Derechos. (…) Para que haya democracia no es suficiente que la ley declare que los individuos son iguales y que la colectividad es dueña de sí misma. Es necesario, además, ese poder del demos que no es ni la adición de los partenaires sociales ni la colección de las diferencias, sino, todo lo contrario, el poder de deshacer los partenariats, las colecciones y las ordenaciones" (Rancière, 2007, p.56).

El consenso es aquello que toda política de la igualdad, para ser, rompe. En Rancière el consenso es siempre garante del orden pues implica que el sentido va con el sentido, que un régimen de presentación de lo sensible social va con un régimen de significación y que una manera de ser va con la razón de esa manera de ser. Por el contrario, en su dispositivo dicotómico, la existencia de la democracia implicará que el sentido no va con el sentido, que las palabras se separan de las cosas, que los cuerpos las usan para cambiar su capacidad, para disociar su ser-ahí de la razón de su ser-ahí.

Si la igualdad irrumpe no tendrá nada que ver con cualquier noción progresista de la política, la igualdad es un aparecer más que un devenir, "*Se trata de partir del punto de vista de la igualdad, de afirmarla, de trabajar presuponiéndola para ver todo cuanto puede producir, para maximizar todo lo que pueda darse de libertad e igualdad. Quién parte, por el contrario, de la desconfianza; quién parte de la desigualdad y se propone reducirla, jerarquiza las desigualdades, jerarquiza las prioridades, jerarquiza las inteligencias y reproduce indefinidamente la desigualdad"* (Rancière, 2007, p.76).

Para Rancière todo orden está estructurado bajo un fondo de igualdad, la desigualdad no es natural, sino un producto, una construcción contingente, luego naturalizada: "*Cuando el superior debe explicar a los inferiores por qué son inferiores, la superioridad se arruina desde sus fundamentos. Ese decir supone una comprensión igual a su propósito. Designa otra comunidad que aquella que narra, una comunidad donde la igualdad es la ley"* (Rancière, 2007, p.97).

El orden desigualitario está fundado en una visión explicadora del mundo. La explicación es ficción de desigualdad. Toda visión geométrica de la política se basa en una hipótesis de una desigualdad de las inteligencias humanas. Por eso, "*lo que se trata de explicar, lo que pone en marcha la máquina explicativa, es la desigualdad, la ausencia de razón que tiene necesidad de ser racionalizada, la facticidad que requiere ser ordenada, la arbitrariedad social que necesita ser puesta en orden"* (Rancière, 2007, p.111). La visión explicadora del mundo tiene obvias consecuencias políticas. La incapacidad del alumno, la separación entre seres de palabra y seres de escucha, es la misma incapacidad que se debe suponer para pensar en una política de delegación, representativa. En nombre de una incapacidad se justifica la existencia de mediadores. La explicación es no sólo un arma pedagógica para separar conciencias, sino el fundamento del sentido del orden. "*Por ser sin razón, la desigualdad precisa racionalizarse en todo instante y en todo lugar. A esta racionalización, Jacotot le da el nombre genérico de explicación. La explicación nace de la necesidad de dar razón a lo que no la tiene y cuya ausencia de razón es insoportable"* (Rancière, 2007, p.111).

La explicación explica, ante todo, la distribución de los rasgos existentes y la necesidad de sostenerlos para el beneficio en común.

El tema del maestro y de la maestría es esencial en el libro. Claro está, es una herencia de un libro anterior, *El maestro ignorante,* donde se despliegan las consecuencias del pensamiento de Jacotot –un jacobino exiliado en Holanda que tropieza con una invención del pensamiento: los hombres son iguales en inteligencia-. Empero, también lo podríamos pensar como una reflexión de Rancière acerca de las consecuencias del Mayo Francés. Pues los acontecimientos del 68' rompen con la idea de que es la ciencia marxista lo que falta a los explotados para liberarse. Rancière, heredero de esa ruptura, guiado por Jacotot, hace desbarrancar al sujeto de la conciencia pedagogizada moderna. El problema no es que los oprimidos no sepan, por el contrario, saben, quizás demasiado. Se trata, la igualdad, más que de trasmitir un sentido a la opresión, de hacer la experiencia de su puesta en práctica.

Para repensar la política igualitaria, parece sugerir el libro de Rancière, dos cosas están prohibidas: ***yo sé*** y ***yo no puedo.***

JUAN MANUEL NUÑEZ
Universidad Nacional de Rosario - Conicet
manuel_980@hotmail.com